

## **Domingo Tercero del Tiempo Ordinario, Ciclo A**

Is 9,14; Sal 26,1. 4. 13-14; 1Cor 1,10-13.17; Mt 4,12-23

Las Lecturas de este Domingo nos hablan principalmente de dos cosas: de la manifestación de Jesús como fuente de luz y de salvación, y de la llamada a seguirle: conocerle, amarle e imitarle

Jesús es esa "gran luz" que había sido anunciada por el Profeta Isaías: "El pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz. Sobre los que vivían en tierra de sombras, una luz resplandeció" (Is. 8,23/9-3). En el hombre o mujer que se convierte a Jesús, que cambia su vida...se inicia, de hecho, el Reino de Dios y es así como empieza Jesús a hacerse luz para quien le da el corazón; y es entonces cuando vive y exclama desde dentro de sí, como el salmista: "El Señor es mi luz y mi salvación". Y, siendo el Señor nuestra luz y salvación, ¿a quién deberemos seguir? ¿En quién nos deberemos apoyar?

Sabiendo que Jesús es nuestra luz y nuestra salvación, a El debemos seguir. Y de esto se trata este Evangelio de hoy. En efecto, Jesús como a Pedro, Andrés, Santiago y Juan; también nos escoge y nos llama a todos a vivir con Él y ser sus testigos ante nuestro mundo.

Sucede, sin embargo, que la voz del Señor es suave, y el llamado que hace a nuestra puerta es también suave. No nos obliga, no nos grita, ni tampoco tumba nuestra puerta. El Señor es gentil. No nos doblega, ni nos amenaza. Pero siempre está allí, llamando a nuestra puerta. Somos libres de abrirle o no. Somos libres de responderle o no. El llamado es para seguirle a El: ser y hacer como Él. Es hacer lo que Dios quiere y no lo que yo quiero. Es ser como Dios quiere que sea y no como yo quiero ser; es reconsiderar toda nuestra vida y situarnos ante los valores del Reino de Dios.

A veces creemos que por ser Católicos, bautizados, estamos siguiendo a Jesús, o incluso que ya tenemos el pase a la vida eterna. Ciertamente, tenemos a nuestra disposición todos los medios de salvación que nos llegan a través de la Iglesia fundada por Cristo. Pero ¿realmente seguimos a Jesús?...

El Señor tal vez podría decirnos como nos ha dicho a través de San Pablo: "Tengamos cuidado, no sea que alguno se quede fuera. Porque a nosotros también se nos ha anunciado ese mensaje de salvación, lo mismo que a los israelitas en el desierto; pero a ellos no les sirvió de nada oírlo, porque no lo recibieron con fe" (Hb. 4, 1-2). No basta decir yo tengo fe, yo creo en Dios, yo creo en la Virgen; pero de qué te sirve la fe si no tienes obras; la fe sin obras es una fe muerta, dice

Santiago. La esencia del cristianismo es Cristo mismo, que llama a vivir un estilo de vida semejante a Él, por eso somos cristianos, Cristos.

¡Cuidado, entonces, de no quedar fuera! Cuidado si no nos dejamos iluminar por esa "gran luz" que es Jesucristo nuestro Señor. Cuidado si no aceptamos y vivimos su mensaje de salvación. Que se transparente en nuestras obras el Salmo: "El Señor es mi luz y mi salvación. Lo único que pido, lo único que busco es vivir en la casa del Señor toda mi vida". Y, para vivir en la casa del Señor eternamente, es necesario seguir a Jesús: ser Cristos, cristianos, no sólo con la fe, sino con nuestra forma de vivir.

**Padre Félix Castro Morales**

**Fuente: <http://parroquiadelasoledad.org/> (Con permiso a [homiletica.org](http://homiletica.org))**